



CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida.

EN extremo se holgaron el duque y la duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intención Don Quijote; y á esta sazón dijo Sancho:

—No querría yo que esta señora dueña pusiese algún tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oído decir á un boticario toledano; que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas no podía suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario! de lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condición que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa tres faldas ó tres colas? que en mi tierra faldas y colas, y colas y faldas todo es uno.

—Calla, Sancho amigo, dijo Don Quijote, que pues esta señora dueña de tan buenas tierras viene á buscarme, no debe de ser de aquellas que el boticario tenía en su número, cuanto más que esta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas, será sirviendo á reinas y á emperatrices, que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondió Doña Rodríguez, que se halló presente.

—Dueñas tiene mi señora la duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas si la fortuna quisiera; pero allá van leyes de quienes reyes: y nadie diga mal de las dueñas, y más de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda; y quien á nosotros trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano.

—Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, según mi barbero, cuanto será mejor no menear el arroz aunque se pegue.

—Siempre los escuderos, respondió Doña Rodríguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotros, desenterrándonos los huesos y enterrándonos la fama. Pues mandádoles yo á los leños móviles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque mu-

ramos de hambre, y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en día de procesión. A fe que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender, no sólo á los presentes, sino á todo el mundo, como na hay virtud que no se encierre en una dueña.

—Yo creo, dijo la duquesa, que mi buena Doña Rodríguez tiene razón, y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demás dueñas, para confundir la mala opinión de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondió:

—Después que tengo humos de gobernador se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahigo.

Adelante pasaran con el coloquio dueñesco si no oyeran que el pifaro y los tambores volvían á sonar, por donde entendieron que la dueña dolorida entraba. Preguntó la duquesa al duque si sería bien ir á recibirla, pues era condesa y persona principal.

—Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho antes que el duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recibirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso.

—¿Quién te mete á tí en esto, Sancho? dijo Don Quijote.

—¿Quién, señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesía; y en estas cosas, según he oído decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de más como por carta de menos: y al buen entendedor pocas palabras.

—Así es como Sancho dice, dijo el duque: veremos el talle de la condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe. En esto entraron los tambores y el pifaro como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y comenzó el otro, siguiendo la misma aventura, que es una de las más notables de la historia.



CAPÍTULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.

DETRAS de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardín adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer de anascote batonado, con unas tocas blancas de delgado canecú, tan lenguas que solo el ribete del monjil descubrían.

Tras ellas venía la condesa Trifaldi, á quien traía de la mano el escudero Trifaldín de la blanca barba, vestida de finísima y negra balleta por frisar, que á venir frisada descubriera cada grano del granador de un garbanzo de los buenos de Martos: la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos agudos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguada miraron, que por ella se debía de llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las tres faldas: y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llama la condesa Lobuna, á causa que se criaban en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominación de sus nombres de la cosa ó cosas en que más sus estados abundan; empero esta condesa por favorecer la novedad de su falda dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi.

Venían las doce dueñas y la señora á paso de procesión, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldín, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucía. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadrón, el duque, la duquesa y Don Quijote, se sirvieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesión miraban.

Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó sin dejarla de la mano Trifaldín. Viendo lo cual el duque, la duquesa y Don Quijote, se adelantaron obra de doce pasos á recibirla. Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz antes vasta y ronca que sutil y delicada, dijo:

—Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á á este su criado, digo á esta su criada, porque según soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adonde, y debe de ser muy lejos, pues cuanto más le busco, menos le hallo.

—Sin él estaría, respondió el duque, señora condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual sin más ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias: y levantándola de la mano, la llevó á asentar en

una silla junto á la duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento.

Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de algunas de sus muchas dueñas; pero no fué posible hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron. Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quién le había de romper, y fué la dueña Dolorida con estas palabras:

—Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles, y á ablandar los diamantes y á molificar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga á la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero Don Quijote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza.

—El Panza, antes que otro respondiese, dijo Sancho, aquí está, y el don Quijotísimo asimismo, y así podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos estamos prontos, y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos. En esto se levantó Don Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida dueña, dijo:

—Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algún valor ó furzas de algún andante caballero, aquí están las mías, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no habéis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino á la llana y sin rodeos decir vuestros males, que oídos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo cual la Dolorida dueña, hizo señal de querer arrojarle á los pies de Don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decía:

—Ante estos pies y piernas me arrojó, oh caballero invicto, por ser los que son basas y columnas de la andante caballería: estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡Oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y oscurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises! Y dejando á Don Quijote se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos, le dijo:

—Oh tú, el más leal escudero que jamás sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, más luengo en bondad que la barba de Trifaldín mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que en servir al gran Don Quijote sirves en cifra

á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjuróte por lo que debes á tu bondad fidelísima me seas buen intercesor con tu dueño para que luego favorezca á esta humildísima y desdichadísima condesa. A lo que respondió Sancho:

—De que sea mi bondad, señora mía, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco ó nada me curo; pero sin esas socialías ni plegarias yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y más agora que me há menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaule su cuita y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entendemos.

Reventaban de risa con estas cosas los duques, como aquellos que habían tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulación de la Trifaldi, la cual volviéndose á sentar, dijo:



—Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorin, fué señora la reina Doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la infanta Antonomasia, heredera del reino, la cual dicha infanta Antonomasia, se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre.

Sucedió, pues, que yendo días y viniendo días, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfección de hermosura, que no la pudo subir más de punto la naturaleza. Pues digamos ahora que la discreción era mocosa: así era discreta como bella, y era la más bella del mundo, y lo es, si ya los hados envidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como sería llevarse en agraz el racimo del más hermoso veduño del suelo.

Esta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias y facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que le hacía hablar, y más que era poeta y gran bailarín, y sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella.

Pero toda su gentileza y buen donaire, y todas sus gracias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladrón desuellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso el malandrín y desalmado vagabundo granjearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba.

En resolución, él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y brincos que me dió. Pero lo que más me hizo postrar y dar conmigo por el suelo fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caía á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo, decían:

De la dulce mi enemiga
nace un mal que al alma hiere,
y por más tormento quiere
que se sienta y no se diga.

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almíbar, y después acá, digo desde entonces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habían de desterrar los poetas, como aconsejaba Platón, á lo menos á los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marqués de Mantua, que entretienen y hacen llorar á los niños

y á las mujeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer de moir
no me torne á dar la vida.

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. ¿Pues qué cuando se humillan á componer un género de verso que en Candaya se usaba entonces, á quienes ellos llamaban seguidillas? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos y finalmente, el azogue de todos los sentidos.

Y así digo, señores míos, que los tales trovadores con justo título los debían de desterrar á las islas de los lagartos. Pero no tienen

ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debía, no me habían de mover sus trasnochados conceptos, ni había de creer ser verdad aquel decir: vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quedome, con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos.

¿Pues qué, cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro y de Pancaya el bálsamo? Aquí es donde ellos alargan más la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan ni pueden cumplir. ¿Pero dónde me divierto? ¡Ay de mí, desdichada! ¿qué locura ó qué desatino me lleva á contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mías? ¡Ay de mí otra vez sin ventura! que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de Don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero: y así siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí y no por él engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas.

No, no, eso no, el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio destes que por mí se tratare. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser Don Clavijo un caba-



llero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos días estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo á más andar no sé qué hinchazón del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél, que antes que se saliese á la luz el mal recado, Don Clavijo pidiese ante el vicario por su mujer á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la Infanta le había hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sansón no pudieran romperla.

Hiciéronse las diligencias, vió el vicario la cédula, tomó el tal vicario la confesión á la señora, confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado.

A esta sazón dijo Sancho:

—¿También en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dese vuestra merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia.

—Si haré, respondió la condesa.

